

PRÓLOGO

JUAN PINA

Dadme libertad es el apasionado título de este breve ensayo de la pionera Rose Wilder Lane. Lo fue en el sentido literal de la palabra, al menos durante los primeros años de su vida, como hija y nieta de aquellos estadounidenses que recorrieron largas distancias a bordo de sus carromatos para poblar las nuevas tierras situadas al Oeste, siempre hacia el Oeste de las trece colonias originales. Lane fue hija de Laura Ingalls. Se preguntará el lector, al menos el de cierta edad, dónde ha oído antes ese nombre. Si rebusca en la memoria de su infancia, tal vez recuerde una vieja serie de televisión: *La casa de la pradera*. La actriz Melissa Gilbert interpretaba el papel de Laura Ingalls, y el santurrón de Michael Landon hacía de su padre, Charles Ingalls, es decir, el abuelo de Lane en la vida real. Laura Ingalls escribió libros infantiles que contaban la historia de su familia y de otros pioneros, y en esos libros —parece que muy editados y mejorados por su hija Rose— se basaría vagamente la dulcorada serie de televisión de 1974.

En su libro *Libertarians on the Prairie*, Christine Woodside cuenta los entresijos de los verdaderos Ingalls, su forma de vida sencilla y sus sólidos valores, y revela la conexión entre la experiencia vital de aquellos pioneros norteamericanos —tan distantes de toda autoridad estatal— y su rudimentario proto-libertarismo. Ese legado habría de influir, una generación más tarde, en la visión social y política de Lane y de otros pensadores de su tiempo.

Lane fue, por tanto, doblemente pionera: fue una de las últimas pioneras del Oeste norteamericano y una de las primeras del libertarismo político actual. Lógicamente, es esta última la faceta que nos interesa, la de precursora de ese movimiento que irá tomando forma durante la segunda mitad del siglo XX, que tendrá un hito clave en 1971 —la fundación del Partido Libertario estadounidense, tres años después de su muerte—, y que está alcanzando por fin, en este primer cuarto del siglo XXI, el nivel de relevancia intelectual que inevitablemente antecede al efecto social y político directo.

Ya desde los años cuarenta, Lane fue una de las impulsoras originales de todo ese movimiento pro-Libertad al que ella solía referirse —por ejemplo, en este libro— como «individualismo» o incluso, no sin cierta exageración, «anarquía del individualismo» (el término «libertarismo», con su significado actual, se irá extendiendo más adelante). Su empeño ideológico y político coincide en el tiempo con los de otros precursores destacados de esta corriente de pensamiento, como Isabel Paterson o Albert Jay Nock. Este último afirmó que los libros de Paterson y Lane eran de lo poco «inteligible» que se había escrito en los Estados Unidos sobre el pensamiento individualista. La obra más conocida de Lane, *The Discovery of Freedom: Man's Struggle Against Authority*, es un ejemplo de la claridad expositiva que también caracteriza a *Dadme libertad*.

Sin embargo, hay otra gran autora estadounidense cuya probable influencia mutua con Rose Wilder Lane merecería un estudio aparte: Ayn Rand. Pese a los caminos divergentes que habrían de tomar el objetivismo y el libertarismo —en un desencuentro que hoy, a la vista del camino de servidumbre que ha emprendido la humanidad, sería probablemente mucho menor—, Rand comparte con Lane, y también con Paterson, intuiciones que se verán reflejadas en la obra de las tres autoras. El año 1943, en plena conflagración mundial, vio la publicación

de *El manantial* de Rand, *The God of the Machine*, de Paterson, y *The Discovery of Freedom*, de Lane. Será sobre todo en *La rebelión de Atlas* (1957) donde podrán descubrirse posibles influencias de Lane, dos décadas mayor que Rand, o, sencillamente, elementos que ya estaban presentes en la obra de la autora de Dakota del Sur, incluyendo la primera versión de este *Dadme libertad*, publicada en 1936 y su posterior revisión y ampliación.

Lane es una mujer de acción que siente tristeza y desagrado ante el conformismo de los estadounidenses con la deriva estatista de su país. En *Dadme libertad* relata una anécdota real: asistió a una mesa redonda de empresarios en Des Moines (Iowa) y, desde el público, les criticó a todos por su desesperante pasividad ante el avance del estatismo, que ellos mismos acababan de criticar. «¿Habéis comprendido cabalmente que vuestro propio patrimonio, vuestra libertad y hasta vuestras vidas están en peligro, y no hacéis nada?», les espetó. Los empresarios le dijeron que sí, que, en efecto, no pensaban hacer nada, y Lane escribe «era una pesadilla», porque por todas partes se topaba con el mismo lamento y la misma desidia. En otros pasajes de este ensayo, y principalmente en algunos de los incorporados a sus páginas finales, diez años después de la edición inicial, Lane promueve una reacción civil para forzar una reforma radical, cuando no sugiere la abierta desobediencia. Su apasionada exposición recuerda, salvando las distancias, a la motivación de la huelga de personas productivas —la «gente de la mente»— que Ayn Rand nos ofrecerá en *La rebelión de Atlas*.

La autora de *Dadme libertad* no tiene empacho en calificar el sistema político y económico estadounidense derivado del *New Deal* como un Estado policial —ella misma sufrió alguna desagradable visita del FBI por su pronunciado antiestatismo—, o como un régimen nacional-socialista, levantando ampollas en plena confrontación con la Alemania nazi, pues tuvo los

arrestos de incorporar precisamente esos pasajes en la edición ampliada que se publicó hacia el final de la guerra mundial. En efecto, Lane señala y denuncia dos grandes males importados de Europa y ajenos al espíritu estadounidense: el nacionalismo y el socialismo. Acusa a ambas corrientes de combinarse contra el no-sistema individualista que había sido la clave del éxito de los Estados Unidos, y que había permitido a su país despegar frente al resto del mundo.

Aristotélica como Rand, Lane identifica todo un árbol genealógico de las ideas estatistas que va de Platón a Hegel, y que influirá obviamente en Marx y en todo el movimiento socialista, pero que también tiene una proyección directa y nefasta en el Segundo Reich. En varios pasajes, la autora señala a la Alemania unificada en torno al nacionalismo de raíz prusiana como origen del nuevo estatismo europeo. Del ejemplo práctico y de la teoría estatal de esa Alemania —Lane critica particularmente la *Sozialpolitik* del canciller Bismarck— surgirán tanto regímenes comunistas como fascistas en Europa, y a Lane le horroriza que tantos conciudadanos suyos abracen esas ideas, dando al traste con el gobierno limitado y con el orden económico espontáneo.

Y, en sentido contrario, identifica precisamente en ese orden económico descoordinado, surgido y permanentemente modificado por la acción de millones de agentes, el factor esencial de la prosperidad, señalando la superior eficiencia del capitalismo incluso como igualador social involuntario, frente a toda forma de planificación central. Ya en la primera versión del texto, en los años treinta, Lane se adelanta incluso a las ideas que Friedrich von Hayek expondrá en *Camino de servidumbre* o en *La fatal arrogancia*, al señalar, con sus propias y sencillas palabras, que es un enorme error situar a «un hombre o un pequeño grupo de hombres» al frente de toda la economía porque es imposible que dispongan de la información necesaria para acer-

tar y porque, por el camino, será inevitable que establezcan una dictadura o, en su expresión, un auténtico Estado policial.

Lane critica agriamente la usurpación de poder de los ciudadanos por parte de los estados de la Unión, pero también de las atribuciones de esos estados por parte del gobierno federal, alertando de la peligrosa expansión de este a expensas del autogobierno de aquéllos. Es decir, como todos los libertarios posteriores en ese país y en el mundo, Lane es partidaria de la máxima descentralización y fragmentación territorial del poder político.

Aunque no lo explica en el libro, el título del mismo resulta obvio para los lectores de su país, pues forma parte de la famosa frase «dadme libertad o dadme muerte», que pronunció Patrick Henry, uno de los padres fundadores de los Estados Unidos, en la Segunda Convención de Virginia (1775). A lo largo de la obra, Lane evocará en otras ocasiones hechos o frases de la época fundacional del país, de la que se siente orgullosa, pero no por nacionalismo sino por apreciar el carácter diferencial y único del proceso político y económico iniciado en aquellas trece colonias inglesas. Explica cómo el «experimento» estadounidense es un oasis de superior libertad que resulta realmente único frente al resto de la Historia y frente al resto del planeta, y cuyos efectos están a la vista. Le horroriza, por tanto, que el experimento pueda verse aplastado por el auge de nuevas formas de estatismo importadas de Europa.

Así pues, llama a sus conciudadanos a la acción. Ella, que de joven había estado a punto de afiliarse al Partido Comunista, comprende que lo realmente revolucionario es ese experimento, y que esa auténtica revolución individualista, capitalista, debe prevalecer. Pide a los estadounidenses que se organicen para resistirse al estatismo y, en sus últimos años, es cada vez más activa en el movimiento que acabará desembocando en el Partido Libertario.

Por entonces, Lane, que había conocido una pobreza realmente dura en su infancia, tiene ya una sólida posición económica, alcanzada con muchos años de esfuerzo personal en diversos sectores y, sobre todo, como escritora de ficción, de biografías y de columnas en los periódicos. Divorciada y sin descendencia –su único hijo había nacido muerto en 1909– emplea parte de su fortuna en becar a jóvenes brillantes de varios países, ya que ella misma tenía clavada la espina de no haber podido cursar estudios superiores por motivos económicos. Entre las personas a las que ayuda se encuentra el abogado Roger MacBride, que será, tras la muerte de Lane, uno de los primeros políticos en abrazar el libertarismo, y que en 1976 será el segundo candidato del incipiente Partido Libertario a la Casa Blanca.

Dadme libertad sorprende por su vigencia y reconfirma el camino de los libertarios que no se conforman con las torres de marfil y que, como la autora, aprecian y valoran el frente académico pero entienden imprescindible actuar también en el de la sociedad civil y, por lo tanto, en el de la política. Cuando acaba de cumplirse medio siglo después de su muerte, acaecida el 30 de octubre de 1968, Rose Wilder Lane, apenas conocida en el mundo de habla hispana, merece mayor notoriedad y reconocimiento. Merece ocupar un lugar de honor como pionera del libertarismo.

CAPÍTULO 1

En 1919 yo era comunista. Mis amigos bolcheviques de aquellos años están hoy dispersos. Unos se han vuelto burgueses, otros han muerto, algunos viven en China o Rusia, y no llegué a conocer a los últimos dirigentes americanos de la Tercera Internacional, que hoy abrazan oficialmente la Democracia. Me repudiarían incluso como camarada renegada, pues nunca llegué a militar en el Partido, aunque no hacerlo fue un mero accidente.

En aquellos tiempos previos a la Primera Guerra Mundial, no era prudente promover cambios fundamentales en América. Lo habitual era escuchar «si no te gusta este país, regresa a tu lugar de origen». Yo tenía amigos que eran patriotas americanos pertenecientes a familias americanas tan antiguas como la mía, y que habían sido condenados a veinte años de cárcel por publicar una revista favorable al experimento ruso. Había barcos listos para zarpar llevándose de nuestras costas a los grupos de radicales acorralados por el Departamento de Justicia sin proceso judicial ni oportunidad alguna de defenderse. La policía rompía sin necesidad puertas que no estaban cerradas con llave, destrozaba muebles inocentes y pegaba, con sorprendente falta de criterio, precisamente a rusos que habían huido del comunismo porque no les gustaba.

En medio de toda aquella histeria, y afrontando un peligro real, Jack Reed estaba organizando en América el Partido Comunista.

No recuerdo el sitio concreto de tan histórico acontecimiento, pero estuve allí. En algún lugar de los arrabales de Nueva

York se alzaba una escalera roñosa desde la sucia acera. A la entrada, jóvenes activistas desarrapados trataban de venderte publicaciones comunistas. Las mujeres demacradas habituales pedían ayuda para la defensa judicial de alguien: «Una moneda de diez centavos, camarada, o de cinco... en este momento cada centavo cuenta».

Subimos las escaleras entre perezosos empujones hasta llegar al lóbrego salón habitual de sillas alquiladas, carteles algo ajados en las paredes mugrientas, olor a pobreza y hambre, caras ilusionadas.

Aquel invierno, todas esas reuniones fueron iguales. La luz no parecía venir de las bombillas que colgaban del techo, sino de los rostros. Nuestra policía gritaba que los comunistas eran extranjeros, y era cierto que casi todas las caras y muchas de las voces lo eran, pero esa gente tenía una visión que a mí me parecía el sueño americano. Lo habían seguido hasta América y aún lo estaban buscando. Era el sueño de un nuevo mundo de libertad, justicia e igualdad.

Habían huido de la opresión europea para terminar sobreviviendo en los arrabales neoyorquinos, trabajando todo el día en talleres de destajo y estudiando inglés por la noche. Estaban hambrientos y exhaustos, explotados por su propia gente en esta tierra extraña, y los centavos que no necesitaban para comer los entregaban a ese sueño de un mundo mejor, que ya no esperaban vivir lo suficiente para verlo cumplido.

Recuerdo que la estancia era pequeña. Estaríamos unos sesenta hombres y mujeres. Había una sensación general de expectación que resultaba casi insoportable. Y de peligro. La reunión aún no había comenzado. Unos cuantos hombres rodeaban a Jack Reed y hablaban con gravedad y urgencia. El tenso semblante de Jack Reed se transformó en una alegre sonrisa cuando descubrió al hombre que estaba a mi lado. Se

separó de los demás y se acercó a nosotros en media docena de pasos mientras gritaba «¡Estás con nosotros!».

«¿Lo estás?», repitió expectante, pero la pregunta era en sí misma un reto. La empresa era arriesgada —como bien sabe todo comunista, Jack Reed no acabaría marchando del país sino escapando del mismo—, los agentes federales o la policía podían irrumpir en la sala en cualquier momento. Todos nosotros lo sabíamos, pero, como yo compartía el sueño comunista, estaba dispuesta a asumir riesgos y también a someterme a la estricta disciplina de partido. Sin embargo, el hombre que estaba junto a mí comenzó una vaga disertación táctica, evadió la pregunta, dudó, preguntó a su vez, se mostró tímido... y finalmente, con una sonrisa encantadora, cuestionó que debiera asumir riesgos personales: su seguridad era demasiado valiosa para la Causa. Jack Reed giró sobre sus talones diciéndole «vete al infierno, maldito cobarde».

Esa breve escena me había revelado mi total falta de importancia en aquel momento. No representaba a ningún grupo ni tenía el menor peso en la compleja maraña de teóricos y líderes. Era tan solo una persona más, que por entonces simpatizaba de corazón con las palabras de Jack Reed y que estaba bastante aturdida por un fuerte resfriado. Me fui a casa. El resfriado resultó ser una gripe y a punto estuve de morir. Mis gastos me aplastaban, necesitaba ganarme la vida y antes de que mi salud se hubiera recuperado, ya estaba en Europa. Así de estrecho fue el margen por el que no llegué a afiliarme al Partido Comunista, pero en mi interior era una comunista convencida.

Muchos ven el Estado colectivista como una extensión de la democracia, y ese era por entonces mi caso. Esa visión incluye una serie de pasos progresivos hacia la libertad. El primer paso fue la Reforma, que supuso el triunfo de la libertad de conciencia. El segundo fue la revolución política, y nuestra Revolución Americana contra el rey inglés era una de sus

expresiones. Este segundo paso había logrado para todos los pueblos de Occidente diversos grados de libertad política. Los progresistas habían seguido aumentando esa libertad al dar al pueblo un grado cada vez mayor de poder político. Por ejemplo, en los Estados Unidos, eran los progresistas quienes habían conseguido el sufragio igualitario, la elección popular de la práctica totalidad de cargos públicos, el derecho a la iniciativa, los referendos o las primarias.

Sin embargo, nos enfrentábamos ahora a la tiranía. Para expresarlo en términos sencillos, nadie podía ser realmente libre si otro le negaba lo básico para vivir. El trabajador era un esclavo del salario. La revolución final debía, por tanto, hacerse con el control económico.

Ahora veo la falacia dominante de aquel relato, y más adelante la señalaré. Pero dejémosla pasar por el momento. Veamos esta otra escena:

Puesto que el progreso de la ciencia y de los inventos nos permite producir más bienes que los que podemos consumir, nadie debería carecer de nada material. Y sin embargo, vemos cómo unos pocos tienen una gran riqueza y, al controlar y poseer todos los medios de producción, poseen también todos los bienes producidos. Y, por otro lado, vemos como las masas siempre son relativamente pobres y carecen de los bienes que deberían disfrutar.

¿Quién tiene esa gran riqueza? El capitalista. ¿Quién la crea? El trabajador. ¿Cómo la consigue el capitalista? Extrayendo un beneficio de cuantos bienes se produce. Pero, ¿produce él algo? No, es el trabajador quien lo produce todo. Por tanto, si todos los trabajadores, organizados en sindicatos, forzaran a todos los capitalistas a pagar en forma de salarios el valor total de su trabajo, ¿podrían comprar todo los bienes que ellos produjeron? Pues no, porque el capitalista añade al precio de los bienes su beneficio antes de venderlos.

Desde esta perspectiva, resultaría evidente que es el sistema de beneficios el que provoca la injusticia y la desigualdad que vemos. Debemos por tanto eliminar el beneficio, es decir, eliminar al capitalista. Así, tomando sus beneficios actuales, distribuiremos su riqueza acumulada y administraremos nosotros sus antiguos negocios. Los trabajadores, que son quienes producen los bienes, serán también quienes los disfruten. No volverá a producirse ninguna desigualdad económica y el mundo tendrá una prosperidad general como nunca antes había conocido.

Cuando el capitalista ya no esté, ¿quién gestionará la producción? El Estado. Y, ¿qué es el Estado? El Estado será la masa de sufridos trabajadores.

Fue en este punto donde la primera duda atravesó mi fe comunista.